

gloria había adquirido para él y para su patria.

Lo que no abandonó nunca el Sr. Amador de los Ríos fué el culto de las Musas al que desde su temprana juventud, según ya hemos dicho, con fervorosa devoción se había consagrado.

Clara manifestación de su persistencia en este culto y de que las Musas se complacieron en él y le fueron propicias, da sin duda el tomo de poesías que el Sr. Amador publicó en Madrid en el año de 1880. De él hemos tomado para muestra é insertado en nuestro Florilegio dos lindas y discretas composiciones.

Los lazos de buena amistad y de paisanaje que con el Sr. Amador me unieron y no la autoridad, ni el crédito, ni la reputación literaria, que yo tuviese, me valieron la honra de escribir el prólogo del mencionado tomo de poesías.

Nada mejor acertaría yo hoy á decir en elogio y para recomendación del poeta que lo que dije entonces; pero como dicho prólogo es muy extenso y no puedo transcribirle aquí, me limito á transcribir uno de sus párrafos que retrata en parte la índole poética del Sr. Amador y la importancia de sus versos.

«En todos ellos hay que aplaudir la flexibilidad con que el autor se distrae de sus grandes estudios, y hasta si no fuese por el primor de la forma que delata al estudioso, se diría que los olvidaba, para entregarse con amor y con la serenidad despreocupada del poeta de ley á la inspiración propia. Apenas se advierte en sus poe-

sías la imitación de otros autores tan frecuente en los poetas poco eruditos. Esto, sin embargo, es natural que sea así. El que ha leído poco se apasiona de lo poco que ha leído y hasta sin querer lo remeda, lo copia, ó si se quiere, lo iguala ó lo vence imitándolo; pero el que ha leído mucho como le sucedía á Amador, tiene el gusto, digámoslo así, más derramado y más descontentadizo, y acaba, cuando se pone á escribir algo, merced á la misma vacilación en elegir modelos, por desecharlos todos y por buscar en el fondo de su alma lo que antes no se ha dicho. Hasta el conocimiento cumplido de lo que ya se ha dicho y repetido mil veces, hace que el erudito huya de repetirlo, mientras que el no erudito, si alguna vez lo oyó y de ello conserva un vago recuerdo, se olvida de haberlo oído, cree haberlo inventado y á menudo nos da por nuevas y por inauditas cosas ya vulgares y cansadas de puro repetidas.»

---

**Don Antonio Trueba** nació en Montellano (Vizcaya), el día 24 de Diciembre 1819. Hijo de padres poco favorecidos con bienes de fortuna, sus estudios no pasaron más allá de las primeras letras, y á la edad de quince ó dieciséis años vino á Madrid y se dedicó al comercio de la ferretería.

Su privilegiado talento, guiado y estimulado por las candorosas y nobles pasiones del alma,

por la contemplación de toda hermosura y por las firmes creencias que desde la niñez había recibido en la casa paterna, entre gente sencilla y rústica, en los alegres campos de su país y en la escuela de su lugar, bastó sin cultivo literario para hacer de él un muy simpático poeta, naturalísimo, espontáneo y todo lo popular que puede ser un poeta lírico en nuestra tierra. Quiero decir con esto que su inspiración venía del pueblo como para las abejas viene la miel de las flores. Pero así como la miel, ya fabricada, no vuelve á las flores de donde las abejas la sacaron, sino que sirve para regalo y deleite de las personas que tienen buen paladar y que pueden saborearla, así los cantares de Trueba fueron mejor entendidos y gustados que por el vulgo, por sujetos intelectuales que les dieron fama, leyéndolos y aplaudiéndolos.

No me atreveré yo á afirmarlo rotundamente: Diré sólo que me doy á recelar á menudo que los refinamientos artísticos en que se funda la aparente sencillez de la buena poesía, se escapan casi siempre á la comprensión del vulgo. Sin duda el poeta toma del vulgo esa sencillez, la imita con arte exquisito, abstrae y desecha cuanto hay de rudo, de grosero, de cansado y de insignificante en lo que imita, y en su imitación pone sólo lo excelente y lo bello. Así como el perfumista destila de las flores la más pura y aromática quinta esencia, así el poeta popular suele destilar de los actos, pasiones y dichos vulgares, la esencia de su poesía; pero el vulgo luego aun-

que dicha poesía en su origen es suya, rara vez la reconoce y la estima. Las gentes muy educadas son las que ensalzan y admiran al poeta hasta por la misma contraposición de los cuadros que traza con el medio social en que dichas gentes viven. A Teócrito, por ejemplo, doy yo por seguro que los campesinos de Sicilia, sus contemporáneos no le comprenderían mucho mejor que los campesinos de ahora que no saben el griego, pero le comprendían y le celebraban los elegantes y discretos cortesanos de Siracusa y de Alejandría reinando Hieron y Ptolomeo Filadelfo.

La poesía de Trueba, á pesar de su novedad, á pesar de que está inmediatamente tomada de la naturaleza, sin que en ella se note el menor rastro de imitación de la antigua poesía bucólica ó campestre, es, á mi ver, bastante parecida á dicha poesía.

La popularidad de los cantares de Trueba nunca ó rara vez llegó hasta las modestas personas que los inspiraron. Las peregrileras, las serranas, las niñas devotas, enamoradas, soñadoras é inocentes no penetraron el sentido de esos cantares ni los guardaron mejor en la memoria que la vaquera de la Finojosa, si en realidad hubo alguna vez tal vaquera, los graciosos versos del Marqués de Santillana. La lejanía en que vivió Trueba durante años, de las montañas y valles en que pasó su niñez, tal vez hicieron que los viese y se los representase como á través de un velo mágico, poniendo en ellos con la imagina-

ción lo más delicado de aquella poesía, que en no pocas de sus composiciones nos encanta. Ello es que cuando en otras composiciones pinta Trueba la vida, los amores y las fiestas de los menestrales y de las muchachas de Madrid, acaso se muestra harto más cerca de la realidad, pero también bastante más prosaico.

De todos modos, Trueba puede ser calificado de poeta popular con las restricciones que dejamos expuestas. Tiene además el mérito de ser muy castizo. Lo mismo que en sus versos, en sus cuentos y demás narraciones en prosa, tal vez haya algo de exageradamente sentimental, no muy propio de nuestro pueblo, pero este sentimentalismo proviene del alma de Trueba y no está tomado de libros extranjeros, de sentimientos y de ideas, de literaturas extrañas que han entrado como elementos en las composiciones de otros autores, desfigurando así la condición y el carácter de los personajes que crean.

Así como Fernán Caballero tiene la gloria de haber hecho resurgir en España la novela de costumbres, cuyo cultivo y cuya producción habían decaído tanto, así Trueba tiene la gloria de haber sido el iniciador del florecimiento de otro linaje de literatura, hoy en auge y de moda: del cuento ó novelita corta. Pero Trueba vence á Fernán Caballero, y vence también á muchos de los que han escrito ó escriben cuentos después de él, en ser más español que todos. Las niñas que nos pinta, como también sus novios y enamorados, tal vez no sean muy conformes con la

realidad, pero lo ideal y lo fantástico con que él los engalana, procede de su propia alma y no de la lectura de libros franceses, ingleses y alemanes, como tal vez ocurre en algunas novelas de Fernán Caballero, resultando algo de híbrido ó mestizo, á menudo empalagoso y falso.

El mérito de las composiciones de Trueba, fué reconocido y celebrado si no por muchas personas, porque en España se lee todavía poquisimo, por los pocos que leen, sobre todo en la clase media.

Claro testimonio del favor que obtuvo Trueba con el público ilustrado, harto reducido en España para los libros, fué el nombramiento de archivero y cronista con que le favoreció y honró el Señorío de Vizcaya. Y más claro testimonio aún, confirmando su fama póstuma y perpetuándola para los tiempos futuros, fué la estatua, obra de Mariano Benlliure, que le erigieron en Bilbao el día 10 de Noviembre de 1895.

Trueba había muerto cerca de siete años antes: el 10 de Marzo de 1889.

Las principales obras que nos ha dejado son: *El libro de los cantares*, *El libro de las montañas*, *Cuentos de color de rosa*, *Cuentos campesinos*, *Legendas genealógicas de España*, su autobiografía y *Bosquejo de la organización social de Vizcaya*.

---

**Doña Carolina Coronado** nació en 1823, en Almendralejo, en la misma población

donde trece años antes había nacido D. José de Espronceda.

Por la espontaneidad y candorosa sencillez de la inspiración y por la no aprendida, vaga y dulce melodía de sus cantares, doña Carolina debe ser considerada, á pesar de los defectos que una crítica severa y escrupulosa puede hallar en sus composiciones, como la más estimable y simpática de nuestras poetisas líricas. Don Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Angel Fernández de los Ríos la han elogiado como merece en prólogos escritos para las ediciones de sus versos en 1843 y 1852. La justicia entra sin duda por más que la galantería en los elogios de ambos.

Todavía, sin embargo, se extrema más en elogiarla el malogrado y discreto Padre Blanco García, algunas de cuyas palabras nos complacemos en citar: «No fué, dice, su numen tan poderoso y tan fecundo como el de la Avellaneda»; pero más adelante añade: «Desde la poesía á *La palma*, que elogió Espronceda en otra no menos hermosa, hasta las hoy injustamente olvidadas: *Tú eres el miedo*, *La rosa blanca*, *Se va mi sombra pero yo me quedo*, etc., el mundo interior absorbe por completo las facultades y la atención de la poetisa descubriéndole sus misterios é intimidados, que ella sabe traducir con femenina delicadeza».

«¿Cómo olvidar, por ejemplo, una vez leídas las cantigas de *El amor de los amores*, tan aladas, tan bellas y conceptuosas? Quizá no pueda el lector darse cuenta del orden con que van suce-

diéndose los pensamientos; quizá no se descubre el plan general, pero embelesa aquello mismo que se desconoce, y no es posible resistir á la magia con que atraen aquellos rumores indecisos y desatados, aquella frase dulce y melancólica que recuerda ya el amor puro de la bíblica sulamita, ya la plegaria ferviente de Santa Teresa y San Juan de la Cruz: la queja del alma en la soledad, cuando busca extática la compañía y los ósculos del amado.»

En efecto, *El amor de los amores* es el punto culminante hasta donde lograron subir la fantasía y el sentimiento de la Coronado, exaltada ella, en su más temprana juventud, á orillas del Gevora, en soledad agreste y esquiva, y encendida el alma en amor ferviente, á par que suave, por un objeto inmaterial, etéreo, inocente y puro; por un objeto, que en su indeterminada vaguedad, no es hombre, ni ángel, ni Dios, sino el amor mismo que ama á quien le ama y que infunde en su corazón castísimo fuego abrasador de impurezas. El desorden de toda la composición deja patente la irreflexión casi divina con que está escrita. Y es de maravillar que el cantar amoroso de Salomón, tan imitado y tan parafraseado en todas las lenguas cultas y por tantos poetas místicos de diferentes países, aparezca tan original y tan nuevo y tenga tan raro hechizo en los versos de la poetisa extremeña. Hay en estos versos una sinceridad inconsciente que los avalora. Es el alma, inmaculada y limpia de la niña, de quince años, que sueña con el

amor, y que le llama en el silencio nocturno, en la umbría espesura del soto, procurando evocarle, atrayéndole y haciéndole descender del cielo con amorosos conjuros.

Aunque hasta la edad de veinte años puede decirse que la señorita Coronado vivió retirada, ya en el campo, ya en una población de Extremadura, la fama difundió por todas partes su nombre y el valer de sus escritos, haciendo resonar las concordes y múltiples alabanzas de su raro talento poético. Espronceda en verso y Donoso Cortés en prosa, la ensalzaron. Hasta la falsa noticia de su prematura muerte contribuyó á glorificarla. Precedida, pues, de muy brillante nombradía, Doña Carolina vino por primera vez á Madrid en 1846. En el Liceo, entonces en su auge, la recibieron en triunfo, obsequiándola con una corona de laurel. Desde entonces sus poesías líricas fueron general y constantemente admiradas, suscitando el éxito y el aplauso mayor y más fecunda actividad en la simpática y lisonjeada dama que los había alcanzado. Y no limitándose ya á lo lírico ni satisfecha sólo con escribir en verso, doña Carolina escribió también para el teatro, y compuso además novelas en prosa, estudios críticos y hasta impresiones de viaje, aunque todo esto, si bien muy digno de estimación, no de tanto valer como su poesía lírica, y por el público hartamente celebrado. Recordaremos, no obstante, como obras dramáticas suyas *El cuadro de la Esperanza*, *Don Alfonso IV*, *Petrarca* y *El divino Figueroa*, dramas no repre-

sentados y algunos inéditos: como novelas, *Paquita*, *La luz del Tajo*, *Jarilla* y *Sigea*; y por último un extraño paralelo entre Safo y Santa Teresa de Jesús y una interesante colección de cartas que llevan por título *Un paseo desde el Tajo al Rhin, descansando en el Palacio de cristal*.

Preñado de la joven poetisa el Sr. D. Horacio Perry, Secretario de la Legación de los Estados Unidos, logró ser correspondido y contrajo matrimonio con ella, cuando ella estaba en lo más florido de su juventud, con razón admirada por su gracia, lozanía, talento y virtudes.

Era el Sr. Perry persona amabilísima, de afable trato, de noble y bondadoso carácter y de tan gentil y distinguida presencia, que bien podía enamorar y enamoró sin duda á la poetisa, sin atender á ninguna otra consideración ni atractivo. El matrimonio, pues, del Sr. Perry y de doña Carolina, fué tan dichoso como podía y debía esperarse. Marido y mujer han vivido largos años, en santa paz, amándose y respetándose siempre y constituyendo una familia modelo. La fortuna y la prudencia y aptitud del Sr. Perry para los asuntos mercantiles é industriales le han favorecido y han permitido que viva doña Carolina, no sólo con holgura, sino con esplendidez, hasta el día presente, pudiendo ella además satisfacer su amor al prójimo y su fervorosa caridad cristiana con generosos auxilios á los desvalidos y menesterosos.

El Sr. Horacio Perry murió años ha. Su viuda, aunque le llora inconsolable con extremos de

dolor harto poco frecuentes en el día, vive aún en Lisboa en gran soledad y retraimiento, donde únicamente la consuela su linda y discreta hija Matilde, cuyos afectuosos cuidados y desvelos aplauden y admiran cuantos la conocen.

Hallándome yo en Lisboa como Ministro de España, conocí y traté mucho á doña Carolina y á su hija, muy queridas y respetadas ambas por la alta sociedad portuguesa. El Sr. Perry vivía aún, y en su casa y familia todo era prosperidad y ventura. La poetisa, aficionada como en sus primoros años al retiro y á la vida campestre, satisfacía rica y elegantemente una afición tan sin pecado. Siguiendo la margen derecha del caudaloso río, desde el centro de Lisboa hasta su desembocadura, hay un lugar llamado Pazo de Arcos, donde la poetisa tenía una hermosa quinta, cercada de risueños jardines y de frondosa arboleda, en la que solía pasar meses enteros.

Al otro lado de Lisboa, aunque á mucha menor distancia de la población, poseía también la poetisa otra casa de campo, ni con mucho tan alegre como la de Pazo de Arcos, pero verdaderamente magnífica y digna de un soberano. Se llama la Mitra, por haber pertenecido al patriarca. Allí solía pasar doña Carolina el resto del año; allí la visité yo muchas veces, gozando de la franca y amable hospitalidad, y de la amena y discreta conversación de la madre y de la hija; y allí, en su desconsolada viudez doña Carolina vive ahora.

La Mitra, en la orilla misma del río, dilatado

allí en ingente remanso donde el agua dulce se mezcla con las ondas del mar y forma un lago espacioso y tranquilo, convida á soñadora quietud y á dulce y melancólico retraimiento. La gran extensión de terreno cubierto de árboles, el silencio y la apacible severidad de los jardines, el esplendor del palacio, pues bien puede de tal ser calificado, y la magnitud, por último, de la capilla que al palacio está unida y que más que capilla es un hermoso templo, todo presta singular encanto á aquel sitio y á aquella vivienda. El brillo suntuoso del edificio, algo deslustrado por los años, convida al espíritu á lamentar la decadencia presente y á evocar las pasadas grandezas y el fausto de los portugueses, cuando, como dijo uno de sus mejores líricos, triunfaron de Adamastor, humillaron el poder mahometano en los mares de la India y de la China, llegaron á las encantadas regiones orientales,

Y lograron traer al Tajo ufano  
Los diamantes y perlas que adornaban  
El alcázar del sol y el refulgente  
Tálamo de la aurora.

La triste majestad de los recuerdos se diría que anida en aquel palacio. No es extraño, pues, que se invente y fantasee algo que, si no es verdad, lo parece, por lo conforme que está con la apacible y callada tristeza de aquella mansión, y con el carácter de la ilustre dama que la habita; de aquella dama tan inclinada desde la niñez á místicos arrobos y á vagos ensueños de puro

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

amor ultramundano. Se dice, en suma, que, en aquella soledad, doña Carolina consagra un delicado y constante culto de amor á su marido, cuyos restos mortales, hábilmente embalsamados, y encerrados en un féretro, yacen en el centro de la grandiosa capilla.

Sea de esto lo que sea, lo que sí me atrevo á asegurar yo, es que, la ilustre poetisa sigue y seguirá siempre mientras viva, tan afable, tan afectuosa y buena como de costumbre, y que no cansará ni mortificará á nadie hablando de su dolor, por extremado y grande que sea; dolor, por otra parte mitigado y dulcificado por la fe religiosa, por la conformidad con Dios y por las esperanzas del cielo.

---

**Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda** ocupa preeminente lugar entre los poetas de la Isla de Cuba en la *Antología de poetas hispano-americanos* publicada en 1893 por la Real Academia Española.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo explica, no obstante, el motivo que tenemos para incluir á doña Gertrudis en el número de los poetas propiamente españoles. «La grande alma poética, dice, que ahora se ofrece á nuestra contemplación, aunque sea honra imperecedera de América por su origen, pertenece enteramente á Europa, por su educación y desarrollo, y ocupa con justicia uno de los primeros lugares en el

parnaso español de la era romántica. Su nombre está en boca de todos aunque quizá su mérito absoluto no haya sido tasado siempre tan alto como debe serlo».

Coincidiendo con D. Marcelino, creo yo que doña Gertrudis, si bien merece contarse entre los más egregios poetas, es más bien una ilustre poetisa; una de las más egregias é inspiradas que ha habido en el mundo.

Negando ciertos apotegmas menos ingeniosos que falsos y que fueron muy repetidos por los admiradores de doña Gertrudis, no quiere el señor Menéndez que se afirme, hablando de la ilustre cubana, que *es mucho hombre esta mujer; que no es una poetisa, que es un poeta*. «La Avellaneda, añade, era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino. Lo que la hace inmortal, no sólo en la poesía lirica española, sino en la de cualquier otro país y tiempo, es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente é impetuosa, ya mística y profunda de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina. Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado, y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario, quien acertó á encontrarla, pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo, ni renegado de la envoltura en que Dios quiso